



# **RETO FILOSÓFICO**

En: Filosofía en la calle. Eduardo Infante

#FiloReto\_27

¿DEBERÍAS

HACERTE

VEGETARIANO?

Pitágoras. Peter Singer.  
Peter Carruthers. Tom Regan.  
Descartes. Kant

Imagina que estás en la cola del comedor. El compañero que se encuentra justo delante de ti aproxima la bandeja metálica al mostrador donde están sirviendo estofado de ternera. Cuando le toca su turno informa de que es vegetariano y pide una comida alternativa que no contenga carne animal. Te sientas junto a él y, mientras saboreas tu comida, no puedes resistirte y le preguntas por qué no come carne. Tu compañero responde informándote de las condiciones en las que ha sido criado el animal que te estás comiendo: «En las granjas industriales, las crías de vaca son tratadas como mercancía. Las hacen engordar lo más rápido posible para obtener un mayor beneficio. Después de un par de meses de “libertad” en los que se les permite pastar al aire libre, las confinan en unos cebaderos de engorde, donde los animales, hacinados en un entorno insalubre, tienen que convivir con sus propios excrementos. A partir de ese momento comienzan a comer piensos de origen animal. Como las vacas no son carnívoras, la nueva dieta les causa serios problemas digestivos. Se las atiborra con hormonas de crecimiento y antibióticos. Cuando los terneros cumplen los catorce meses y se ha conseguido artificialmente que pesen más de quinientos kilos (son niños en cuerpos de adultos) los transportan en camiones hacia los mataderos. En el viaje se los priva de agua y de alimento. Al llegar a su destino final se conducen a cada ternero a un “cajón de aturdimiento”. Los operarios colocan una pistola sobre la frente del animal y les introducen una bala en su cerebro. El ternero sufre espasmos y se desploma. Se le coloca un gancho en las patas traseras y lo cuelgan boca abajo. Se le hace un corte en el cuello para que se desangre (durante este proceso, algunos animales recuperan la conciencia). Se abre al animal en ca-

nal y se lo descuartiza. Se envasa la carne en bandejas asépticas en las que no se percibe una sola gota de sangre. Se cocina y se sirve en tu plato, como si esa carne saliese directamente de las estanterías de los supermercados. Soy vegetariano porque comiendo animales estoy siendo partícipe de una forma de opresión sistemática de mi especie sobre otra».

Te quedas mirando el estofado de ternera. ¿Qué haces? ¿Será el último pedazo de carne que comas? ¿Tienen derechos los animales?

### La matemática vegetariana

La opción vegetariana, aunque parece estar de moda, no es nueva. En el siglo v a. C. ya la practicaban los seguidores de Pitágoras. Este filósofo griego fundó una comunidad en Crotona (sur de Italia) que en cierto modo parecía un monasterio budista del Tíbet. Sus discípulos buscaban la purificación espiritual y corporal, llevaban una forma de vida muy diferente a la de sus contemporáneos y seguían una serie de normas entre las que se encontraba no comer animales. Una de las acepciones que tenía el término *pitagórico* en las versiones antiguas del diccionario de la Real Academia Española era «el que se abstiene de comer carne». El pitagórico era vegetariano por compasión y por perfeccionamiento espiritual. Un hombre misericordioso y de espíritu elevado no puede generar sufrimiento a otro ser vivo si dispone de otras opciones para alimentarse. El poeta romano Ovidio recoge en sus *Metamorfosis* un discurso de Pitágoras contra el sacrificio de animales y el consumo de carne en el que puedes leer estas palabras: «Cesad, mortales, de mancillar vuestros cuerpos con festines sacrílegos. Hay cereales, hay frutas que bajan las ramas por su peso [...] La tierra os ofrece alimentos tiernos y manjares sin matanza ni sangre». Algunos atribuyen también al maestro de Crotona estas otras palabras: «Mientras los hombres sigan masacrando a sus hermanos animales reinarán sobre

la Tierra la guerra y el sufrimiento, y se matarán los unos a los otros, pues aquel que siembre el dolor y la muerte no podrá cosechar el gozo ni la paz» y «Nunca mojes tu pan en la sangre de los animales ni en las lágrimas de tus semejantes».

### Carnívoro no, ¡especista!

La obra de Peter Singer *Liberación animal* (1975) ha sido una de las reflexiones que más influencia ha tenido en el debate sobre los derechos de los animales. Para este filósofo australiano, la lucha contra la discriminación aún no ha acabado. Este combate comenzó con los movimientos de liberación negra, a los que siguieron la liberación gay y la de la mujer. Hemos conseguido sensibilizarnos y combatir el racismo, la homofobia y el machismo, pero no hemos llegado al final del camino porque aún queda por eliminar una última forma de discriminación: el especismo. Lo que toca ahora es que afrontemos la última de las liberaciones: la animal.

¿Qué es el especismo? El filósofo británico Peter Carruthers (1952), en *La cuestión de los animales: Teoría de la moral aplicada*, ideó un experimento mental que se suele utilizar para ilustrar qué es el especismo: «Se sabe que alrededor del 10 % de las parejas humanas son estériles. Supongamos que se descubriera que ello obedece a que en realidad existen dos especies diferentes de humanos que sólo pueden distinguirse por su incompatibilidad reproductiva. En esas circunstancias sería claramente condenable que la especie mayoritaria privara de derechos morales a la minoritaria, únicamente porque pertenece a una especie diferente. Sería un caso evidente de discriminación entre especies».

Para combatir el especismo, Peter Singer toma como punto de partida un principio ético fundamental: deberíamos evitar el sufrimiento. Dicho lo cual, hay que aceptar que «un dolor es un dolor, cualquiera que sea la especie que lo experimenta». Los animales humanos y los no humanos compartimos la misma ca-

pacidad de sufrimiento. Si ignoraras este último simplemente porque no forman parte de tu especie, estarías pensando y actuando con la misma lógica que los miembros del Ku Klux Klan (KKK), que se dedicaron a torturar, linchar, mutilar, quemar y ahorcar a seres humanos de raza negra. El racista o el machista piensa que quien no pertenece a su raza o a su género no posee el mismo estatuto moral y los mismos derechos que él. El bestia del KKK «piensa» que lo que es inmoral hacerle a un blanco no lo es si se lo haces a un negro.

Algunos justifican la discriminación de los animales por el hecho de que no son capaces de razonar como nosotros. Pero hay humanos que tampoco poseen esta facultad y no por ello los hacemos sufrir. A nadie con un mínimo de conciencia moral se le ocurriría engordar a un bebé en una jaula, sacrificarlo y comerse-lo con la justificación de que no es capaz de realizar actividades intelectuales superiores. Tampoco toleraríamos el uso de discapacitados psíquicos para probar si un cosmético es tóxico antes de sacarlo al mercado (a no ser que trabajemos para el Tercer Reich). El hecho de que lo hagamos con animales no humanos pone de manifiesto que aún conservamos un prejuicio porque resulta conveniente para el grupo dominante. No hay ningún argumento sólido que sirva para defender la idea de dar preferencia a ciertos seres bajo el supuesto de que son miembros de la especie *Homo sapiens*. En una sociedad humana moralmente desarrollada, los animales deben tener derechos. Pueden seguir comiendo carne, pero no hay manera de justificarlo moralmente. El cantante Joaquín Sabina, gran aficionado a los toros, consciente de este argumento, dijo en cierta ocasión que él nunca discutía con antitaurinos porque tenían razón.

### El abogado de los animales

Al igual que Peter Singer, el filósofo norteamericano Tom Regan (1938-2017) también defendió que no deberíamos comer

carne. Pero, aunque este último ha sido una de las personas que más ha luchado en las cortes de justicia por conseguir unos derechos fundamentales para los animales, hubo un tiempo en que no sólo comía su carne, sino que también la vendía. Como él mismo confesó en una entrevista: «Durante al menos la mitad de mi vida no he tenido “conciencia animal”, como yo la denomino. Excepto hacia los animales con los que he compartido mi vida, los demás bien podrían haber sido bloques de madera. Quiero decir, en una época anterior de mi vida incluso trabajé como carnicero. Y también como carpintero. Por lo tanto, como digo, los otros animales eran para mí como los bloques de madera con los que trabajé como carpintero».

Para Regan, la clave para reconocer una dignidad a los animales no está en el hecho de que poseen la capacidad de sufrir, sino en que tienen una «vida psíquica». Los animales son conscientes de que se encuentran en el mundo porque experimentan placer ante unas cosas y dolor ante otras. Son capaces de expresar sus deseos, sus alegrías y sus penas. Pueden asustarse y también recibir consuelo. Todo esto implica que no podemos tratarlos como cosas, porque no lo son. Ésta es la misma razón por la que reconoces como un sujeto con derechos a un bebé o a un discapacitado psíquico: porque, aunque tampoco tengan desarrolladas las capacidades intelectuales superiores, son poseedores de una vida psíquica. Reconocer un derecho a la vida a un bebé humano y no a un bebé de vaca es especismo en estado puro.

La ley debe recoger unos derechos de los animales no humanos de la misma manera que lo hace con los animales humanos. El argumento que suelen usar los que se oponen a esta idea es que los animales no pueden tener derechos porque tampoco tienen obligaciones. Regan piensa que esta objeción no es válida porque nuestras leyes protegen los derechos de seres humanos que tampoco tienen responsabilidades, por ejemplo, los niños. Para gozar de un derecho fundamental como la vida, no es necesario tener obligaciones. Tener derechos implica simplemente

que es legítimo esperar no ser tratado de cualquier manera, porque se posee una dignidad. Son un límite a la libertad de los demás. Nadie, en el ejercicio de su libertad, tiene derecho a torturarme, aunque una enfermedad como el alzhéimer me haya incapacitado para asumir responsabilidades.

### Derechos también para las aspiradoras

Si René Descartes hubiera leído las argumentaciones de Singer y de Regan, creería que ambos autores están profundamente equivocados. Para el pensador francés, contemplar la posibilidad de crear leyes que garanticen los derechos a los animales sería tan absurdo como conceder lo mismo a los robots aspiradoras que nos limpian el polvo de la casa mientras estamos trabajando. Los animales, como la aspiradora inteligente, son simples máquinas, movidas por impulsos mecánicos y con manuales de instrucciones dictadas por la naturaleza. Para Descartes, sólo los seres humanos tenemos esa «vida psíquica» de la que hablaba Regan. Considerar que un perro es consciente, siente dolor o placer, es un error. Un niño pequeño, al contemplar un robot diseñado por un ingeniero genial, puede llegar a creer que tiene sentimientos porque su maquinaria hace que se mueva de manera parecida a la del cuerpo de un ser humano cuando reacciona a las emociones que se producen en su mente. Aunque el ingeniero haya conseguido programar el robot para que lllore cuando le pegamos, la máquina no conoce lo que es el sufrimiento. El dolor de los animales es tan sólo el «chirrido» de la maquinaria, el piloto que se enciende en el coche cuando hay algún problema en el motor, los pitidos que emite nuestro móvil cuando se está quedando sin batería.

La serie de televisión *Westworld* (Jonathan Nolan y Lisa Joy, 2016) es un buen ejemplo de las ideas cartesianas sobre los animales. *Westworld* es un parque temático poblado por androides que parecen humanos de verdad y que han sido programados

para actuar como si tuvieran conciencia y para satisfacer todos los deseos de los visitantes, incluidos la violación y el asesinato. Estas máquinas actúan como si fuesen personas (de hecho, a veces la serie nos confunde para que no podamos distinguir a los visitantes de los «anfitriones»), pero no son seres conscientes: no tienen emociones ni sentimientos ni deseos ni voluntad ni creencias ni, sobre todo, capacidad de sufrir. Los anfitriones son tan sólo un amasijo de metal con engranajes y cables, recubiertos con una piel que parece humana. No son personas, sino sólo cosas. Por eso, la ley nos permite interactuar con ellos como queramos. Si decidiese ponerme a dar patadas a mi coche, ningún policía podría detenerme alegando que no tengo derecho a hacer tal cosa. El automóvil es mi propiedad y puedo usarla como me venga en gana siempre que no afecte a terceras personas. No debería tratar a mal a mi coche por una cuestión práctica —cuanto mejor lo cuide, más me servirá—, pero no porque estos vehículos tengan una dignidad y unos derechos asociados. Si me dedico a romper mis máquinas, puede que esté demostrando que soy un poco idiota y un mucho bruto, pero, por amor de Dios, que nadie diga que éstas sufren.

Los animales no tienen conciencia, luego no saben qué es el sufrimiento. Descartes argumenta en su *Discurso del método* que no hay hombre, por estúpido que parezca, que no sea capaz de unir varias palabras y construir un discurso que exprese sus pensamientos; por el contrario, no hay animal, por perfecto que sea, capaz de hacer lo mismo. Esto no sucede porque a los animales les falten órganos para hablar, pues, por ejemplo, los loros pueden pronunciar algunas palabras, pero no son capaces de expresar ningún pensamiento. En cambio, los hombres que nacen sordomudos se inventan signos con los que comunicar lo que tienen en la mente. Esto no sólo prueba que los animales tienen menos conciencia que los hombres, sino que no poseen ninguna.

Aunque muchos animales muestran que poseen mayor habilidad que nosotros en algunas cosas, en cambio, son comple-

tamente incompetentes para otras (de la misma manera que mi aspiradora inteligente limpia la casa mucho mejor que yo, pero es incapaz de corregir exámenes o de poner a parir a mi vecina). De este dato podemos inferir que los animales carecen de mente y de inteligencia. La naturaleza es la que guía sus actos según la disposición de sus órganos, igual que un reloj, compuesto solamente de ruedas y resortes, mide el tiempo y cuenta las horas mucho mejor que nosotros.

## Los derechos humanos son para humanos

Immanuel Kant ha sido uno de los filósofos que más influencia ha tenido en la ética contemporánea, hasta tal punto que se lo considera el precursor de la idea de los derechos humanos. El pensador alemán consideraba que los seres humanos tenemos una dignidad especial que impide que podamos tratarnos como simples cosas, es decir, que poseemos unos derechos. Cuando un objeto tiene para nosotros un valor especial, no lo tratamos de igual manera que al resto. Por ejemplo, para un patriota, su bandera no es un simple trozo de tela y, en consecuencia, nunca la usaría para limpiarse los mocos después de haber estornudado. Imagina entonces cómo deberíamos tratar a un ser que es muy superior en dignidad a cualquier objeto del mundo. ¿Por qué los seres humanos somos especiales? Porque tenemos una capacidad racional que nos permite actuar de manera autónoma. Nosotros somos conscientes de nuestras acciones y podemos determinar nuestra conducta. Tenemos la capacidad de pensar y decidir si hacer una cosa u otra, o incluso no hacer nada.

Los animales no son seres racionales; en consecuencia, no tienen autonomía ni dignidad y no pueden llegar a tener derechos. Los animales son «cosas» y, por tanto, podemos utilizarlos como medios para nuestros fines: alimentarnos, vestirnos o probar medicamentos. En cambio, los seres humanos son fines en sí mismos y nunca pueden ser usados como medios (sería una atro-

cidad moral fabricar botas con la piel de los jugadores del Barcelona, por muy madridista que seas). Ahora bien, aunque los animales no tengan derechos, eso no significa que podamos tratarlos como nos plazca. Para Kant, no tenemos deberes directos hacia los animales, pero sí una serie de deberes indirectos, como el de no maltratarlos. La crueldad hacia los animales nos convierte en seres crueles. También tenemos el deber indirecto de respetar a un animal cuando es propiedad de otra persona. Debemos respetarlo, de la misma manera que lo hacemos con su casa.

Para Kant, la supuesta dignidad de un animal no es comparable a la que posee un ser humano. Analiza la siguiente situación imaginaria para comprobarlo: se declara un terrible incendio en un bloque de viviendas. Eres un bombero y estás trabajando junto con tus compañeros para rescatar a la gente que ha quedado atrapada en el edificio. Haces una última incursión entre las llamas para comprobar que no queda nadie. El incendio está tan vivo y descontrolado que te resultará imposible volver a entrar sin poner en peligro tu vida. Abres la puerta de una habitación y te encuentras a un bebé en una cuna y, junto a él, un gato. No puedes salvar a los dos. Sólo tienes una segunda bombona de oxígeno. Debes decidir cuál de las dos vidas salvar. El sentido común y la razón nos dicen que sería inmoral preferir la vida del animal a la del humano. Debate zanjado (para Kant).



# ¿Y tú, qué piensas?

HAZ UNA DISERTACIÓN DE UN MÍNIMO DE DOS PÁGINAS (Times new roman 12, espacio 1,5)

No olvides aportar evidencia de autores y/ o datos